



FRANCISCO ZURBARAN. ⁽¹⁾

Si las producciones de las artes y de las letras son el reflejo ó el símbolo del estado social, quizá ningún artista ué mas fiel intérprete de su siglo entre nosotros que el célebre pintor Francisco Zurbarán. Terminada a carrera de Felipe II en el siglo mas glorioso para las letras y las artes españolas, principió el siguiente marcando el termómetro de su descenso en la importancia política, mientras que Felipe III, conservando solo de su padre la piedad y devoción, heredadas de la casa de Austria, llenó con su augusta consorte las ciudades de suntuosos templos y de espaciosos monasterios. Zurbarán, que nació el mismo año en que entró á reinar este monarca, se identificó con su espíritu devoto, espíritu nunca desmentido, porque á pesar de haberle nombrado Felipe IV pintor del Rey, no llegó á residir en la corte hasta

los años últimos de su vida. Diríase que la Providencia había querido preservar á Zurbarán de las seducciones del naciente Buen-Retiro, donde el monarca rodeado de artistas y poetas, divertido con saraos y comedias, daba treguas á los cuidados de la decadente monarquía con regocijos y galanterías. Todo debía sin embargo, revestirse del color de la devoción, y escuchados con las dedicatorias y milagros de los santos é imágenes sagradas, escribíanse libros no tan edificantes ni devotos como su título anunciaba.

Entonces nuestros artistas no osaban representar las alegres y eróticas escenas de la risueña mitología; pero guardan para ciertos asuntos bíblicos, ó para los de las Magdalenas y de otras santas, aquellas seducciones de galas y de adornos que tan mal cuadran á las santas imágenes. ¡De todo saca partido la ardiente y procaz imaginacion del mediodía! donde ni los velos de las tapadas, ni los enormes guarda-infantes, ni las severas dueñas, han sido barrera ni obstáculo suficiente de los galanteos y lances amorosos de aque-

(1) El retrato de Zurbarán que va á la cabeza de este artículo, ha sido copiado de la colección de dibujos de *Standisch*, existente en el Louvre, por el Sr. D. V. Carderera. Está ejecutado con lápiz rojo, del propio tamaño que la presente copia.

lla época. Formado, pues, el gusto y el espíritu de Zurbarán en el reinado devoto de Felipe III, sus obras anuncian el ascetismo religioso y la unción sagrada de sus representaciones. Desde Estremadura, donde había tomado las primeras nociones del arte, enviáronle sus padres á Sevilla. Allí entró á perfeccionarse en la escuela del licenciado Juan de las Roelas, en cuyo estudio hizo tan extraordinarios progresos, que en breve tiempo aventajó á su maestro, estendiendo su fama por aquella populosa población, tan rica entonces de artistas distinguidos. Apenas contaba 27 años de edad, cuando entregó concluidos todos los cuadros del retablo de S. Pedro en la Catedral, mandados pintar por el marqués de Malagon. Por esta época emprendió su obra maestra y página magnífica que coloca á Zurbarán en el primer término entre los artistas españoles, y á muy corta distancia de los mas insignes pintores italianos de su siglo. Tal es el famoso lienzo de la apoteosis de Santo Tomás de Aquino, que expuesto en el célebre museo Napoleon, entre los primeros cuadros de Europa, dejó irresistible argumento de la valentía de nuestros pinceles y del genio fecundísimo de los artistas españoles. Pocos pintores célebres pueden presentar obra mas insigne ejecutada apenas cumplidos los 27 años de edad. El cuadro de Santo Tomás es la mas grande de todas sus composiciones, y en él quiso reunir sus eminentes cualidades de artista, y dar la mas alta medida de su talento. Aquí hizo ver los estudios severos que había hecho en el dibujo y la observacion en los afectos del alma, y la de las grandes máximas de los pintores de Bolonia en el modelado de las figuras y con el efecto del claro-oscuro. Santo Tomás está representado en el centro del cuadro, y en lo mas alto en trono de gloria Jesucristo y la Virgen, teniendo á sus lados S. Pablo y Santo Domingo; en la parte baja del cuadro á un lado está Carlos V vestido con su manto imperial, con cortejo de caballeros. En el otro se vé al Arzobispo Deza, fundador del colegio, acompañado de otros religiosos. En este magnífico lienzo, donde todos los personajes son mayores que el natural, se admira lo grandioso del estilo, lo sábio de la composicion y la admirable perfeccion y detalles de sus magníficos ropajes y brocados. Llamado á Guadalupe por los monjes de su célebre monasterio, emprendió los ocho lienzos de la historia de S. Gerónimo y otros cuadros que merecieron la mayor aceptacion. De aqui regresó á Sevilla, donde tuvo muchos encargos de obras para varias iglesias y conventos. Se citan entre las mejores que hizo en este periodo de tiempo las de la Catedral, las de la Cartuja de Santa María de las Cuevas y finalmente las del convento de Mercenarios descalzos.

La fama de estas excelentes obras pronto debió llegar á oídos de Felipe IV, príncipe tan amante de las artes como de las letras. Así parece que por esta época le nombró su pintor de cámara, pues en los magníficos lienzos de la Cartuja de Jerez, concluidos en 1633, ya se ven firmados por Zurbarán como tal pintor (1) parece que el genio modesto y retirado de nuestro artista, tan conforme al de Murillo, no le preocupó de las grandezas y pompas de la Corte, pues segun Palomino asegura, no se estableció en ella hasta

(1) Estos magníficos cuadros se admiran hoy en el Museo del Louvre en Paris.

los años últimos de su vida, es decir, hácia el 1650 en que fué llamado por Velazquez á pintar los trabajos de Hércules que decoraron el Salonete del Buen Retiro.

Estos lienzos que hoy se conservan en el Real Museo prueban que el genio y el espíritu de Zurbarán le llamaban particularmente á la representacion de asuntos sagrados, donde su imaginacion encontraba grande pábulo y extraordinarios recursos.

Zurbarán manifestaba su alma en todas las obras de su mano; escogia con preferencia las escenas sencillas de fácil composicion, y las que solo exigian un pequeño número de figuras que siempre colocaba en actitudes naturalísimas. En los citados cuadros de la Cartuja de Jerez hay composiciones de tal candor é ingenuidad que recuerdan las producciones de los grandes maestros italianos del siglo XV. El espíritu de Zurbarán austero y religioso, la fé y persuacion de los sucesos que iban á representar, rechazaban la ostentacion de los desnudos y escorzos en las figuras, y lo bizarro de sus actitudes. Su claro-oscuro es sumamente exacto y verdadero, cuanto basta para dar aquel admirable relieve y verdad á sus escenas, no el efecto artificial y fantasmagórico que fascina al espectador. Por esta causa nos parece que no le conviene la denominacion que algunos le han dado del Caravaggio español, sino es por el vigor solo de claro-oscuro. Zurbarán iluminaba sus figuras, hasta las del primer término, por una luz directa, quedando en masa la parte sombreada sin la distraccion de muchos reflejos. Tampoco gustaba de aquellos toques atrevidos, sábios y pedantes al mismo tiempo, de ciertos pintores sevillanos como Herrera el viejo y otros. Al contrario empastaba los colores y concluía su obra con amor y diligencia. En medio de esto, su pincel lleno de brio fluidísimo y suave, y sus producciones encantan por su ejecucion esmerada y cierta natural armonía, cualidades propias de los grandes genios que, sin apercibirse, reúnen con frecuencia los dotes que otros han adquirido con grandes fatigas.

Tal es el célebre artista extremeño, á quien Felipe IV llamó pintor del Rey y Rey de los pintores. Los artistas y biógrafos estrangeros que empiezan á estudiar nuestros pintores colocan á Zurbarán entre Velazquez y Murillo.

Si Rivera no mereciese asociarse á estos grandes artistas, aquel sería el triunvirato de la pintura española, cuyas glorias, desde principios de este siglo ha vindicado superabundantemente entre las cultas naciones de ambos mundos.

V. CABRERA.

BURGOS.

Genealogía de los Velascos.—Capilla del Condestable.—La casa del Conde.

(Conclusion.)

Si la lisouja hubiera encontrado alguna vez cabidas en nuestra mente nunca lo hubiésemos manifestado con mas gusto que al redactar los dos periodos anteriores. Mas á fuer de ciegos amantes de la imparcialidad histórica, no pasaremos por alto los nombres de Juan de Velasco, hijo que tuvo D. Pedro en Doña María de Rozas antes de desposarse con ella, y así mismo otras dos hembras y D. Pedro á quien declaró sucesor ó hijo legítimado por subsecuente matrimonio en el testamento que al tiempo de su muerte fué abierto en Valladolid á 10 de noviembre de 1639.

En este apreciable testimonio va demostrada la abundancia de bienes que tenía la casa del Condestable sus vastos dominios y los numerosos dependientes, que le reconocían por Señor. Con respecto á la capilla, ordena que sobre la enorme piedra (1), asentada cerca del lucillo de los fundadores pongan las columnas de jaspe que reclama la construcción de una capulina destinada á cubrir dos estátuas que le figuren á él y á su segunda esposa en bronce, mármol ó alabastro, arrodillados ante unos resinatorios de la misma materia. Prohíbe que para este efecto se corte, adelgace ó renueve la piedra, permitiendo solo adornarla con multitud de escaños dorados y comprendidos en el collar del toison. Previene que si no estuviese hecho este mausoleo, para cuando él muriese, depositen su cuerpo provisionalmente en una tumba ó cama de madera vestida de tres mantos: el primero de terciopelo negro y armas de oro: el segundo de damasco y el tercero de paño fino. Manda que le digan diariamente las misas que pudieren los canónigos, los frailes de todos los conventos de Burgos, los curas de la universidad y por fin sus capellanes, ofreciendo en la misa cantada una fanega de pan cocido y una cántara de vino. A la criada que lleve el año deja dicho se la regale un mojil y un gouete, un manto de falda de paño de veinteno, tocas negras y seis mil mrs. en dineros. El libro y el collar del toison que dice tener muchas eslabones de oro y á trechos esmaltados, se les cede á la cámara del rey Don Felipe II. Recuerda en sus mandas á Doña Juana de Velasco, abadesa en el convento de santa Clara de Medina de Pomar, á Doña Mencía, condesa de Oñate, hermanas suyas, y á su nieta Doña Petronita, monja en el espesado monasterio. A su nieto D. Antonio de Peralta, hijo mayor del marqués de Falces y á su hermano menor les hace dueños de dos arneses completos, que le hubieron traído de Alemania. Suplica al monarca que en consideración á los interesantes servicios de sus antepasados, y sin olvidar que por espacio de doscientos años no había salido de su casa el título de camarero real, se le conceda también á su hijo y heredero D. Pedro, é igualmente los oficios de Condestable, de alcalde mayor de Castilla, y Merino mayor del valle de Mena con que se hallaba el testador agraciado. Concluye distribuyendo limosna para que ofrezcan por su alma desde cinco á cincuenta misas en varias iglesias y santuarios.

Por una sucesión continuada de legítimos herederos posee en la actualidad los pingües mayorazgos, timbres y prerogativas que hemos visto refundirse en la casa de los Velascos, el Exmo. Sr. D. Bernardino Fernandez de Velasco, duque de Frías y de Escalona, cuyas dotes especiales como hombre de Estado y de Gobierno y como aventajado literato son bastante públicas para que nos detengamos á educarcelas, por mas que ellas nos ofrecieran vasto campo ó muy filosóficas meditaciones, observando cuanto puede haber contribuido á elevar su alma el tener siempre á la vista las huellas que le dejaron trazadas sus ilustres y benéficos antepasados, y llevar en sus venas la sangre que corrió noblemente por las de aquellos. Su segunda esposa la Excm. Sra. Doña Ana de Jaspe y Macías ha mirado con particular predilección la capilla del Condestable y casa-palacio del Cordon desde su enlace con tan esclarecida familia, la cual reside en Madrid desde que una orden real hizo ser trasladada á aquel punto la grandeza domiciliada anteriormente en las capitales de provincia.

Es evidente que ni el palacio susodicho, á pesar del asedio que sufrió en tiempo de las comunidades, á cuyo partido hizo frente el condestable D. Íñigo, parapeñándose con algunos guerreros en defensa de la bandera imperial, y arriesgando sus dignidades y su vida; ni la capilla que hace hoy el embeleso de los inteligentes padecen decaimiento alguno sustancial, habiéndose conservado con la mayor pureza en el transcurso de los tiempos y las artes.

De este modo el hombre reflexivo que estudia á la

luz de una erudición sin prevenciones aquellos ricos monumentos, experimentará el placer de encontrarlos bajo la exclusiva tutela del siglo en que Miguel-Angel fabricó sobre los aires la cúpula del pescador en que Rafael pintaba en el Vaticano sus pastosos galerías; y Cagliari, Ticiano y Tintoretto en Venecia; Vinci en Florencia y Correggio y Césari en Nápoles daban ser á las hipérbolas que el ingenio de los griegos aspirara al harpa terrible del Danta y á la lira sentimental del Petrarca.

RAFAEL MONJE.



CRISTOBAL DE VILLALVA.

El Coronel Cristobal de Villalva hijo de Juan de Villalva é Isabel Floriano naturales de Plasencia, hizo su aprendizaje en la carrera de las armas bajo la conducta del gran Capitan, en cuya compañía pasó á Italia, cuyo país al finalizar el siglo XV era el teatro de nuestras glorias. Distinguióse desde luego en el reino de Nápoles, dando á conocer sus fuerzas, valor y destreza en la toma de Esquilache, Simari, Cotron, Semonara, Nicastro y Terranova, lugares que fueron quitados á los franceses por nuestros bravos con increíble presteza; y en cuyas funciones se adquirió la estimación del Gran Capitan.

Habiendo cesado la guerra por algun tiempo, pasó á la capital del Orbe cristiano en compañía de Garcia de Paredes, Urbina, Vargas, Zamudio y otros valientes, que por su carácter aventurero dejaron bien sentada en aquel país la fama del valor español. Señalóse en la defensa de Montebascon y otros pueblos de la Iglesia atacados por los franceses, por lo cual mereció el aprecio del Duque Valentin, y el empleo de capitan en el ejército pontificio. Pero habiéndose roto la paz en Nápoles, volvió á incorporarse á sus banderas, y el primer servicio que prestó, fué introducirse en el campo enemigo y cortar la cabeza al capitan Juan Alonso Alvarado, que habiéndose pasado deslealmente, descubrió á los franceses los planes del general español. En la batalla de Cberinola se aventajó á todos rompiendo los escuadrones de Francia, y por su bizarría mereció el empleo de Capitan de infantería española, encomendándole al propio tiempo la defensa de Rocasica amenazada por el Duque de Mantua. Se halló en la batalla del Garellano donde se distinguió con su compañía y poco despues

(1) Existe todavía.—Es una pieza de mármol de mezcla que pesa 2,956 arrobas.

acompañó á Diego García de Paredes á la reconquista de la isla de Zefalonia, que los turcos habían tomado á los Venecianos. Llegando á noticia de Fernando el Católico los servicios de Villalva le hizo Coronel de algunas compañías de Veteranos hasta el número de tres mil, y á su hermano D. Juan Chantre de la Catedral de Plasencia, dió el Obispado de Calahorra. Sosegadas las cosas de Nápoles se retiró á su patria, donde casó con Doña Estefanía de Trejo y de la Cerda de la casa de los señores de Grimaldo.

La muerte de Felipe I hizo á Villalva que saliese de su reposo, porque alborotados algunos señores de Andalucía contra la Regencia de D. Fernando, recibió orden de seguir al Rey con sus tres mil veteranos, con los cuales entró y tomó á Niebla, que se resistía, y pacificadas estas conmociones tomó á su cargo la empresa de sujetar á Andarax villa del reino de Granada poblada de Moriscos, que auxiliados por el Rey de Tremecén se habían alzado, dirigióse allá con sus veteranos, dos compañías de ginetes y seis piezas de artillería y abrir brecha, asallar y tomar la población, fué cosa de poco momento regresando triunfante á Sevilla donde se hallaba el Rey Católico, quien se manifestó tan satisfecho de sus servicios, que le dió por blason un aguilón de oro en campo colorado y por orla unas banderas, en memoria de la que había quitado á un valiente moro en Andarax.

A este tiempo se acercaba la conquista de Navarra de cuyo reino el Rey Católico iba á tomar posesion. Encomendóse la empresa al Duque de Alva, á cuyas órdenes se pusieron seis mil infantes, mil hombres de armas y mil quinientos caballos, entre los cuales se contaban los tres mil infantes y doscientos caballos de Villalva. Ocupada desde luego Pamplona quedóse el Duque en esta capital, y despachó al Coronel para que sojuzgase lo demas de aquel reino, el cual así lo hizo en breve, apoderándose de los valles y plazas, entre estas la de S. Juan de Pie del Puerto. En la invasion del ejército francés, y en el ataque que dió á Pamplona quedó herido, pero esto no le impidió, para que habiendo sido rechazado el enemigo, le persiguiese en la retirada, haciendo espantosa carnicería; pero donde mas mostró su bravura y talento militar fué en la agresion que los Reyes de Francia y Navarra hicieron en dicho reino á la muerte de Fernando el Católico. Dividido el ejército enemigo en tres trozos, dirigióse el primero al mando del Vizconde Chaot á Ronsesvalles. El segundo bajo la conducta del bastardo Albric, cayó sobre S. Juan de Pie del Puerto, y el tercero que mandaba el Mariscal de Navarra se apoderó de Uzlaris y trató de fortificarse. El Virey, que á la sazón lo era D. Fadrique de Acuña, hizo á Villalva general de toda la gente de guerra, el cual con increíble celeridad sorprendió el cuerpo que ocupaba á Ronsesvalles, donde entró con muerte de muchos y prision de todos los restantes, mandando al propio tiempo so graves penas, que nadie hiciese daño al vecindario y respetasen al Prior y canónigos, que cuando él entraba en la villa salian procesionalmente á pedirle misericordia. Por lo tocante á los prisioneros despues de desarmados los despachó á Francia. Con igual presteza alcanzó y derrotó camino de Tafalla al Mariscal de Navarra, al cual con los oficiales de su cuerpo mandó prisioneros al castillo de Estella, y reforzada su gente con dos mil

infantes, cuatrocientos hombres de armas y doscientos caballos dió sobre S. Juan de Pie del Puerto, cuyo castillo tenía bastante apurado el enemigo. Mes no pudiendo combatir ni asallar la villa por falta de artillería y de escalas, determinó entrarla por donde desagua el río que la atraviesa, cuyo punto por ir aquel muy crecido tenían muy descuidado los franceses. Arrojóse al agua que le llegaba á los pechos, y seguido hasta de tres mil bravos, penetró en la poblacion sin poder en mucho tiempo salir del río, por ocupar el enemigo las orillas, hasta que jugando la arrebuceria le rechazó, tomando tierra por unas gradas que había para coger el agua, quedando en seguida muerta ó prisionera la guarnicion.

De esta manera puede decirse, que por el denuedo de Villalva se asentó en las sienes de los Reyes de Castilla la corona de Navarra. Los honores que hizo á tan insigne campeón el gran Cisneros Gobernador de estos reinos, fueron cuales podia esperar de aquel esclarecido político: le dió por armas la misma águila de oro en campo colorado, empuñando en las garras una espada que atraviesa una corona, y por orla castillos alternados con manos cerradas. Carlos Esabedor de sus proezas, le escribió de Alemania cartas muy honoríficas, que fueron para su lealtad el más glorioso blason. Poco despues falleció en Navarra de donde fueron trasladadas sus cenizas al convento de



religiosas de S. Ildefonso de su patria en donde yace al lado del presbiterio en un modesto sepulcro de mármol con estatua arrodillada y de la cual es copia el dibujo adjunto.

F. W. P.

EL FÁTUO.

Mil discursos mil falas sobre todo lo posible
 Ver por los ojos de los lectores del grupo.
 Brevemente en el.

Este artículo no es un juicio; quien así lo crea pase adelante sin leerlo; los objetos capaces de producir entusiasmo difícilmente se sujetan á la análisis: mil disparates han dicho los hombres más sabios para definir *lo bello y lo sublime*, y no lo han conseguido: toda se vuelve opiniones; de cierto no hay nada. ¿Cómo pues se ha de juzgar al fátuo, al ser bello y sublime por excelencia? Colgan ustedes una rosa, procuren analizarla, trabajo inútil: la deshojarán, la marchitarán, y no se sacará más resultado que el de hacerla desaparecer. Lo único que se pueda hacer con la rosa, para saber su valor, es mirarla y olerla; con lo bello y lo sublime, sentirlo; con el hombre fátuo, admirarlo. Lo repito; este artículo no es un juicio: es un panegírico.

Pero un panegírico, no es muchas veces un juicio? Cuando se trata de cosas de un valor absoluto, alabar no es juzgar? Transijamos, pues, con los que se hayan asustado al ver la primera línea: este artículo al tiempo que alaba, juzga. Y no hay que decir:—Cada hombre siente á su modo; la pasión no puede ser buen crítico; todas las materias son controvertibles, y para hacer argumentos antes que el corazón está la cabeza.—Ese es un disparate! yo lo sé y basta: para leerme es menester que se tenga fé, que se me crea á ojos cerrados, y nada más; así, pues, no tengo que pedir atención á mis lectores: todo lo que se admira, se oye, se vé, ó se lee, con atención y silencio, y yo no tengo ahora oyentes, sino admiradores.

Como hay siempre en la sociedad espíritus malignos, que no saben hacer otra cosa que cebarse en todo lo que vale algo, y antizar con tanta más virulencia los objetos, cuanto más grande es su valor, no han faltado escritores verdaderamente estúpidos que se han burlado del hombre fátuo: uno de ellos, un clásico francés, que echándola de *bel esprit*, llenó de necedades dos tomos intentando describir los caracteres de su siglo, llevó la ignorancia hasta el extremo de decir, que á un tonto no le falta más que un poco de chispa para ser fátuo: que fátuo es aquel á quien los tontos tienen por hombre de talento; y que burlándose el fátuo entre el impertinente y el tonto, se compone de la fusión de uno y otro. Desatinos todos que no merecían la pena de ser referidos en este sitio: poner de ese modo al sér mas lucido que hay en la sociedad! Y si no, veamos la historia.

Pero una idea magnífica, que siendo una no podía dejar de ser magnífica, se me ocurre en este momento; y es que hasta los seres más privilegiados están sujetos á la variación de los tiempos y á la influencia de las épocas. El fátuo, cuya naturaleza es éter puro, aunque nazca bajo siete estados de tierra, rompa los siete estados, como la cerveza hace saltar al tapón que la encierra, y atravesando el aire, mas pasado que él, busca el sitio que le corresponde en la naturaleza creada; pero si esta calidad es de todos los tiempos, no así el modo que tiene de buscar ese sitio. Si nos remontamos á las épocas mas lejanas, representación del materialismo, veremos esa aspiración expresada en términos ó signos enteramente materiales: en la fábula, los Titanes escalando el cielo; en la Biblia, la gente de Nínive haciendo la torre de Babel. En la sociedad griega,.... pero dejemos esa sociedad; ¿qué he de dar de sí para la magnificencia del fátuo una sociedad sencilla cuando sencilla quiere decir simple, y simple quiere decir estúpido? Ah! no hay más que Gorgias; y Gorgias es un pedante y no merece llamarse fátuo. Lleguemos á Roma y la mejor frase que en ella encontramos es una fatuidad: el *quid fátuus? Casarem velia de Julio César*, que no hay quien no tenga por sublime desde Longino hasta Aranjó. Viene después la edad media y del siglo (El siglo XV... Ah! Dios mío! cuánto fátuo! Época de oro para la fa-

tuidad, pero época que causaría admiración en la nuestra: porque ¿cómo han de creer nuestros contemporáneos, que haya habido un tiempo en que los fátuos hayan estudiado, y hayan escrito en latín? Y á qué extremo no estarían reducidas nuestras bibliotecas si fallaran para su adorno las obras *in folio* de todos comentaristas? Oh fátuos de la edad media! Cuánto bien habéis merecido de la humanidad! Por yo otros gobiernos que si no autor dice *de*, debe entenderse por esta palabra el periodo de tiempo que pasa desde que nace el sol hasta que se oculta en el ocaso; por vosotros que cuando Petrarca dice *tolglio debe entenderse tolgo*, que si Garcilaso escribe *esquividad* es porque ha sustantivado el adjetivo *esquivar* y que si Dante dice: *esto cerró el che l' tuo pensar sogna*, se ha de entender, *éa che l' tuo pensar esse quasi per sogno*; cosas todas importantísimas y de las que el mundo estaría á oscuras todavía á no ser por las esclarecidas lumbreras de la inteligencia de vuestro ingenio! Qué valen los misinos Dante Petrarca, y Garcilaso, junto á vosotros? Tómense en peso sus escritos y los vuestros, y si (al punto pueda ser cuestionable, decidase la cuestión.

Limpiándonos ahora á nuestra patria, ¿puede darse un fátuo mas grandioso que aquel buen Maestro portugués, que con pocos guerreros á sus órdenes la emprendió contra gran número de moros, dejando la vida en la estacada, y cuyo epitafio hecho por otro fátuo sin duda (y gran lástima es que se haya perdido su nombre como otras cosas muy buenas) decía: «aquí yace aquel en cuyo corazón nunca pavor tuvo entrada?» Y qué estúpido no fué Carlos V. cuando dijo que el muerto no habría apagado nunca una luz con los dedos! No se reconozca en este dicho extravagante, al hombre que llevó la tontería hasta el extremo de trucar el manto del emperador, por los hábitos del monje? Otro fátuo, y como tal excelente, debió de ser el que escribió á la muerte del mismo emperador aquel epitafio, tan poco merecido, que dice:

Pro tumulo panas orbem, pro tegmine calum,
Silera pro facibus, pro lachrymis maria.

Marino, cuya fatuidad que siempre inspira lo mejor, le inspiró la magnífica idea de hacerse noble mudándose una letra de su apellido y llamándose Marini, era tan excelente fátuo en el palacio Rambouillet de París, como Góngora en España, y como no hay nada mas contagioso que el buen ejemplo, ambos tuvieron un sin número de sectarios. En esta materia ha sucedido lo mismo que en todas: primero ha sido la práctica; después han venido las teorías; así es que el código de la fatuidad literaria no se ha escrito en nuestra patria hasta los siglos XVII y XVIII; dos genios en dos distintas obras acometieron esta empresa: en el siglo XVII Baltasar Gracian en su *arte de agudezas*, obra inmarital á la altura de cuya mérito jamás llegarán los elogios; y en el XVIII Cadalso en sus *eruditos á la violeta*, aunque en sus demás obras fué muy ramplon, y en la citada no faltan malignos que le acúsen de mala fé.

Pero qué es esto? Yo mostrar una erudición tan vasta? Yo andarme con citas en latín cuando aspiro al sublime título de fátuo del siglo XIX? si fueran en francés, se sufriría algún tanto; pero, en latín? Cuántasmuecassabrán hecho los verdaderos fátuos si han tenido paciencia para leer hasta aquí pronto, pronto; procuremos ganar el terreno perdido: no escogercamos los fetuses que he escrito en los primeros párrafos para conseguir mi patente: traigamos á nuestro artículo el fátuo de nuestros días: á eso ser privilegiado que invade los cañes, los teatros, y las tertulias, todos los, todo movimientos, todo palabras.

Este fátuo es el rey de nuestro siglo, y es menester añadir que lo es con justicia. Hay una mas sobresaliente que él? no llena el mundo entero? Su cuerpo cabe en cualquiera perro; pero dónde está el espacio capaz de contener sus magníficas aspiraciones? qué compañía hay mas buena? qué toro mas resuelto? qué terreno mas sonoro? qué léngua de mas firme peso? qué tórcula mas amante? qué Narciso mas enamorado? Para ponerle nombre: ha sido menester

salir del globo terráqueo y remontarse á las estrellas; porque han de saber ustedes (esto nadie me lo ha dicho); pero el genio no necesita que nadie le diga nada) que la palabra fátuo trae su etimología del *fatuo* que son esas lucécitas, que en las noches de verano, á fuer de estrellas caídas, atraviesan el espacio en dirección al horizonte; y á pesar de haber sido necesario arrancar su nombre al sistema sideral, todavía los fátuos lo rechazan con razón, porque no dá sino muy imperfecta idea de ellos. Los representa en sus trasportes entusiastas, y en que tienen brillo; pero cómo comparar el brillo del fuego fátuo con el resplandeciente y lucífero que logra un hombre fátuo en un salón? Qué tiene de común el breve término de tiempo que tarda aquel en atravesar la atmósfera con la duración de la apoteosis que este consigue? Sin embargo, como es preciso que cada cosa tenga su nombre y no hay otro mas propio que darle, fuerza será que se resigne á usar de este; aunque no sea mas que por evitar confusiones.

Un fátuo no cree mas que lo que su imaginacion le dice que crea; pero como su imaginacion no le engaña nunca, todo lo que un fátuo dice, resuelve, cree, falla ó juzga, es verdad; diria que es verdad hasta lo que piensa; pero el fátuo nunca se humilla hasta el extremo de ponerse á pensar; eso queda para los talentos modestos, para los hombres vulgares, en fin, para las nulidades.

En nuestro siglo poeta y fátuo son casi sinónimos y así como se dice que el poeta nace poeta, así se ha de decir que el fátuo nace fátuo: es verdad que no todos los fátuos son poetas, así como no todos los poetas son fátuos; pero el fátuo sin poesia es un sér incompleto, así como el poeta sin fatuidad, por muy bueno que sea, ni obtendrá fama de la actual generacion, ni será otra cosa que víctima justa de la sociedad en que vive. Lo que sobre todo es necesario que tenga el fátuo; lo que no se le puede dispensar, sin que desaparezca como el humo, es la falta de erudicion: no esa erudicion fatigosa, indigesta, que consiste en leer muchas obras, en estudiarlas, en compararlas, no esa erudicion empedrada de citas y capaz de causar náuseas al estómago mas fuerte; sino esa otra erudicion ligera, vagarosa, dundosa, tornasolada; erudicion de nombres, que no conoce los textos, que cuando mas los tronca, altera, corrige ó modifica; esa erudicion que el genio colosal del fátuo acomoda á todas las cuestiones, que se ostenta para que suene, mas bien que para que autorice; ni qué fátuo ha reconocido nunca el principio de autoridad? Eso es bueno para el que no tiene confianza en su propio valor; pero no para el fátuo cuya cabeza es una enciclopedia inspirada, en quien todas las ideas han sido innatas, verdadero Manganamele de todas las ciencias del mundo, y que desdenando la lógica, porque para nada le sirve, desdena tambien la autoridad, porque para él es palabra vacía de sentido.

«El estado soy yo» decía Luis XIV: «el siglo soy yo» dice ahora el fátuo desde que nace. Niño aun, no solo cuanto hace, sino cuanto dice es inspiracion propia; su madre esclama á cada momento: ¡Qué él sí tiene un talento! y como su talento es tan precoz, se apresura á meterlo en un colegio, donde nunca estudia y siempre traviesa: sale afuera de las primeras letras, trampa el latín y las matemáticas; dá cuatro cortés á la filosofía, y ó estudia en diez años ó donde los siete de jurisprudencia, quedándose al fin en graduarse de licenciado, ó ya su extraordinario talento le ha dicho que la mejor carrera es la de Fr. Gerundio de Campuzos: tira, pues, los libros y se mete á escribir sin haber estudiado el cómo se ha de escribir. Entonces es cuando hace su triunfal entrada en la coronada villa de Madrid, ataviándose, como él mismo dice con mucha gracia, el oscuro circo de la provincia donde tan solo se vejeta. Compónese su instruccion de algunos recuerdos históricos del Duquesno traducidol por Isá, algun tomo de los clásicos de Quintana que por acaso cayó en sus manos, y que regularmente suele ser objeto de sus sátiras, varias composiciones de Zorrilla que se deban á leer, y algunos nombres propios que dejó en su memoria la lectura del

Araujo. ¿No es esta demasiada instruccion para quien de ninguna necesita?

El primer emperador romano, dando parte de una de sus mas grandes victorias, escribia: llegué, vi, vencí: este es el parte que tambien manda el fátuo á su provincia á los pocos dias de estar en Madrid. Y no porque en realidad haya vencido ya; sino porque, seguro de su valor, presiente su victoria: ha estado en un círculo de literatos y cuatro frases que ha pronunciado sobre la independencia del genio, la preponderancia de la fantasia poética, y la vanidad de las reglas del arte, á las que llama *leyes de enojar las palabras*, le han atraído, con el silencio de los primeros escritores, la ruidosa admiracion de los genios *nombrados*. Pero mejor será que explique este triunfo el fátuo mismo y para ello trasladado á este sitio un párrafo de una carta, que recién llegado á Madrid escribió un amigo mio, á quien no puedo menos de tener en mucho; dice así: «Entré anoche en el café del Príncipe, donde habia muchos literatos, é inútil es que diga á V. si entré con buen pié: suscité una discusion; y apenas acabé de hablar, Hartzonbüsch se echó en su capa y se marchó sin decir palabra; «Breton provocó un diálogo con el que se hallaba á su lado figurando que no me habia oído; Vega disfraczó el desprecio de su vencimiento bajando los ojos y sonriéndose hipócritamente, y Cañete, colérico, tocó el portante exclamando: estúpido! Ya calcularé V. lo que esto quiere decir: ninguno hallaba razones, ni aun palabras con que rebatirme y cada como encubrió su derrota lo mejor que pudo: quedé, pues, dueño del campo y vano fuera añadirle que esta escena será la base de mi próxima fortuna... etc. etc. etc.»

Con efecto, el fátuo, hombre de mundo como el que mas y estrechamente comunicable, en pocos dias se hace amigo de todos los actores; vive en el escenario; penetra en todos los cuartos; hormiguea entre bastidores y bambolinas; coquetea con las actrices, y preparando el terreno de este modo, escribe un drama; es inútil decir sabiéndose ya su genio, que en menos de un mes el fátuo fragua y completa un drama. Dada en él la última pincelada que consiste, no en correcciones, pues valdria tanto como decir que el fátuo puede hacer algo endable del primer *essay*, sino en algunas adiciones indudablemente oportunas, cita un día á todos sus amigos para leersele; y vease en esto el mérito del fátuo: el voto de aprobacion es unánime! Qué bella es la escena del *bofetón*! Con qué oportunidad dice la duquesa al conde que no le gusta la gente de baja estofa! Qué epigrama tan fino se oculta en aquel magnífico verso:

Peró cómo ha de ser! este es el mundo!

Qué sublimidad cuando el verdugo dice á la duquesa:

Ya no sirven papelones;
Lo noble está en las acciones;
Nadie es mas noble que yo!

Y si no obtiene mas aplausos es porque la atencion de los oyentes ha sufrido algunas distracciones necesarias: durante la lectura un gato ha venido despacio y se ha puesto á acariar la levita de uno de ellos; el perro ha atravesado la habitacion; y ha hecho la rosa en su centro, despues de haber oído cuidadosamente y uno por uno á todos los circunstantes; una robusta labriega ha tenido precision de pasar por medio del cuarto con un cántaro en la cabeza; y en fin, varios obstáculos, de que no se ha podido prescindir, han estado interrumpiendo á cada paso al lector y su lectura.

Es regla general que todo drama, llamado por los ignorantes malo, es decir, que todo drama verdaderamente bueno quede admitido en la mayor parte de los teatros de la corte: á los pocos dias se pone en escena, y el público, que ha delegado sus derechos en las manos y bastones de dos docenas de personas, lo aplaude ruidosamente en el *parterre* y lo encomia despues en los periódicos: estos encomios llaman á la gente que aun no han tenido la ventura de ver la nueva produccion; se dan mas representaciones puen-

frase acude gente; se hace mérito del número de representaciones, y este *compte rendu*, lo duplica y lo triplica... y victor al genio extraordinario! Qué salón no abrirá de par en par sus puertas para recibirle?...

Pero una vez que las puertas están abiertas para la entrada del fátuo, entrémoslo detrás de él con esa familiaridad y libertad que tiene el fátuo para meterse en todas partes. Oh! y cómo tornasola y se gallardea! Escuchen ustedes: no hay tertuliano que no diga: es el autor de *el mas illustre verdugo*; Ponese á hablar y en seguida se realiza aquello de

Conticuaere omnes, intentique ora tenebant.

Acaba de hablar, y para él las manos apretadas de los hombres, las mas agradables sonrisas de las señoras, las mas interesantes miradas furtivas de las niñas. No hay vulgaridad, que no sepan realzar sus labios; no hay broma pesada, que no pase por rasgo de buen humor; no hay pensamiento verdoso y picante, que no se le perdone en gracia de la risa que produce: la seguridad en sí propio, la audacia de sus miradas y la desenvoltura de sus maneras hacen que ninguna de sus palabras ni de sus acciones incomoda. Lejílima expresión del *audaces fortuna juvat*, tiene, como dice Philarete Chasles, aunque á diferente propósito, algo de Napoleón, mucho de Talleyrand y cierta semejanza con Talma: vá á la verdad por la apariencia, y aunque escéptico, cree en sí mismo.

Póngasele frente á frente con el ente, por fortuna muy raro en nuestros tiempos, llamado, sin duda por chilla, hombre de mérito: quizás se halle en la misma sala: con efecto; allá en un rincón una señora, mas por galantería que por gusto propio, está sosteniendo con él un insípido diálogo: desde que este ha visto entrar al fátuo ha tratado de ocultarse más y se ha puesto por pantalla á la misma señora con quien habla: el fátuo, sin embargo, repara en él.—Quién es aquel ciudadano?—El señor de G.—Me habia parecido un huron.—Pues es un escritor.—Sí, ya lo conozco: es un pedante rabietta para quien nada hay bueno: critica, satiriza, insulta... pobre hombre! Es el perro del hortelano; ni hace ni deja hacer: su pluma es la desesperacion en la impotencia.—Algunos dicen que es hombre de mérito y buen literato.—Bah! dónde están sus obras? Qué valen? Nada, Quién las aplaude? Nadia. Solo un poeta laureado puede juzgar de las poesías; solo un autor dramático aplaudido puede censurar un drama. Es forzoso ser buen autor para ser buen crítico. Voy á decir á ustedes lo que es ese escritor: ¿no han visto ustedes á un perro ladrando á la luna, y cómo esta sigue su carrera sin hacer caso de sus ladridos? Pues eso!—Jál! jál! jál! esclaman los presentes en coro.

Entretanto el hombre, llamado *demérito*, ha seguido modestamente su diálogo; no ha sentado una proposición sin una escolta de reservas, no se ha atrevido á sostener una idea, ni á fijar una teoría y ha mostrado en fin su completo idiotismo.

Lectores, creedme: no está el mérito en eso que llaman fama póstuma; ni de qué sirve ese falso giron que forra la losa de una tumba? Solo reconoce el mérito la sociedad en que uno vive. Shakespeare fué un talento mediano; mas que él valian Chapman y Marlowe: Cervantes era un necio; el genio verdaderamente colosal fué Avellaneda; ¿quién puede conocer la exactitud con que está descrita una época, mejor que los que en ella viven? A no ser por el extraño capricho de Felipe IV que lo hizo director de la biblioteca real, nadie hubiera conocido ni aun el nombre de Rioja; al paso que el de Góngora inundaba á toda España: ¿quién pues, se atrevería á negar que tiene mil veces mejor gusto el autor del Polifemo, que el cantor de las flores? Gloria á Comella que llenó el siglo XVIII! Gloria á los fátuos que llenan el nuestro! Hombres que no agradan al siglo en que viven no deben llamarse hombres de mérito: quíteseles ese nombre que usurpan. Y sobre todo calzan coronas á miles sobre el que abrasó el templo de Diana; sobre Faotonte, aunque desgraciado en su empresa; sobre el orgullo endiosado; sobre el valor real de los nobles aspiraciones; sobre el fátuo, en fin, omnisciente, omnipresente y omnipotente!

Oh fátuo! yo que no lo soy dignamente, pues á veces me examino á mí mismo, cualidad tan incompatible con el mérito, que lo mata al punto; yo no puedo menos de admirarte, ya que no me es dado seguirte sino de lejos: permíte este desahogo, este suavísimo consuelo al sentimiento que tengo de mi propia impotencia; y perdóname que no haya hecho tu retrato. Oh! sí, perdóname: porque aunque he querido mostrarme fátuo en este artículo, su mal desempeño me ha mostrado que no lo soy, y yo estoy muy convencido de que solamente un fátuo es quien puede describir con exactitud á otro fátuo.

FELIX DE UZURIAGA.

A ROMA REFORMADORA EN 1848.

ODA.

Callad torpes naciones
Libres ó esclavas que vagáis sin tino;
Tirad vuestros blasones,
Rasgad vuestros pendones,
Para que Roma alfombré su camino.

Callad como callaron
Al rechinar un tiempo sus cadenas,
Las razas que habitaron,
Donde huellas dejaron
Cartago la rival, Méndis y Atenas.

Como en el polvo hundidos
Callaron nuestros padres su carcoma,
Y míseros rendidos,
Los ojos afligidos
Tornaron siempre á la soberbia Roma.

Agulla que altanera
Sobre los siglos se posó importuna;
Triunfó noble guerrera,
Cayó torpe ramera,
Sin dejarla por eso la fortuna.

Y cuando su cuchilla
Los envidiosos siglos destemplanaron,
Pardiez que fué manecilla
Mirarlos en trahilla
Luego á los mismos que su frente hollaron.

Prodijio de ciudades,
Roca de bendición, orgullo humano,
Las míseras edades
Cual sordas tempestades,
En torno tuyo pasarán en vano.

Y en medio de la historia
Sobre rotos escombros siempre altiva,
Florece tu gloria,
Como acaso en la escoria
Del negro panteón la siempre-viva.

¿Qué importa que Scipiones
No brote ya del Tiber la ribera,
Si en esos torreones,
Reina de las naciones,
Clavó el disturbio su feliz bandera?

Mirad... si allá en la cumbre
Del Gólgota Jehová puso su solio,
Como la muchedumbre
Para encontrar su lumbre
La roca busca aún del capitolio.

Allí está la paloma
De espíritu immortal; de aquella cima
Preces el mundo toma:
Cobró los triunfos Roma
Y el crimen solo le quedó á Solyma.

Mirad... el grito unado
Le oye por fin de libertad al hombre
Doquiera el pueblo armado
Lució desesperado,
Y halló á lo mas de libertad el nombre.

Sangre dieron los Reyes,
Sangre los pueblos con fecunda vena
Rompiéronse las leyes,
Trócáronse las greyes
Sin quebrantar por eso la cadena.
Y tú acaso reias
Roma feliz llevada a la ventura
Sin duda conocias
Que en trochas tan impías
Vencer era-si tú, grave locura.
¿Qué son esas naciones
Para querer medirse por tu historia
¿Qué son Napoleones
Do brillan tus blasones?
¿Quién á tu gloria juntará su gloria?
A tí Roma te toca,
Fues que te dió el destino su bandera,
Clávala en esa roca
Y al pie de ella convoca
Tu sierva aún la humanidad entera.
Torna otra vez valiente
A arrojar tus leones al camino,
Que amparo del creyente
Tambien irá á su frente
El lábore inmortal de Constantino.
El mundo de tí espera
Rayos de luz, feliz sabiduría:
No manche tu carrera
La Democracia fiera
Por derrocar la torpe tiranía.
Y tú padre glorioso,
Pontífice inmortal, rayo del cielo,
Camina presuroso
Que es tu sendero hermoso
Del turbio porvenir luz y consuelo.
Animo, Pio noveno:
Nadie aleanza á tus pies en esa roca,
Jamás turbe tu seno
De la tormenta el trueno,
Que on humo vil la deshará tu boca.
Animo y las naciones
Calladas cesen de vagar sin lino,
Que tiren sus blasones,
Que rasguen sus pendones
Para alombrar á Roma su camino.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Los periódicos diarios y semanales, políticos y literarios, han dado estos días en clamar contra la inconsideración con que las empresas teatrales acostumbra á conducirse con la prensa de todos géneros; de esto, preciso es conocerlo, á nadie debe culparse mas que á los escritores mismos, que mojado siempre su pluma en agua rosada, al ocuparse de teatros, no han sabido emplearla mas que para prodigar elogios inmerecidos, calificando de bueno lo mediano, de regular lo detestable; animando al público á frecuentar algunos de nuestros modernos corrales, donde el abandono y el mal gusto están á la orden del día y convirtiendo en inofensivo y despreciable, un poder ante el cual las empresas y los actores deben humillarse con respeto, porque es la expresión del fallo que el público inteligente pronuncia acerca de sus trabajos. El abuso de esta manía laudatoria ha suscitado la idea de una reacción en la crítica, á la cual nos unimos de todas veras, prometiendo dirigir nuestros débiles esfuerzos á los que hagan nuestros colegas para que la crítica produzca los saludables efectos que de ella deben esperarse, y la prensa recobre su dignidad, dejando de ser un mero instrumento de elevación para muchas nulidades y de especulación para la mayor parte de las empresas, que han llegado á confundir el objeto de los periódicos con el de los carteles.

Nosotros prescindimos de la cuestión de factas, que tambien se ha suscitado, porque si bien podríamos decir algo acerca de ella, la juzgamos por su mezquindad indigna de ser elevada al terreno de la prensa y creemos que es una falta que no tiene otro origen que nuestra tolerancia. Al ver confiada la direccion del teatro de mas pretensiones de la corte, á una comision del ayuntamiento notoriamente incompetente para el caso, apenas hubo un periódico que no admitiera este hecho como cosa muy natural, y hasta no faltó quien lo juzgara provechoso para el arte. Hemos visto profanado el teatro de la Cruz y no han faltado gacelilleros que recomendaran á Macdister y las representaciones del Diluvio; se han cometido en el gran teatro del Principe anaerónismos escandalosos en los trajes y en la escena, en punto á los cuales la prensa ha guardado silencio; pero ¿qué mas? despues que se ha levantado una voz en favor del buen gusto y del sentido comun que se revelan contra tantas altibanzas, hemos visto en uno de los diarios en que mas eco encontró, enconada con las frases de costumbre la actual compañía de ópera del Museo, que será buena para el articulista, pero que al menos la noche que nosotros la hemos visto, no se sostuvo á la altura de las ponderaciones publicadas, con sentimiento de algunos espectadores que habian acudido á oirla tomándolas al pie de la letra.

Dejemos pues de ocupar al público con quejas de aquellas empresas que se niegan á dar localidades diarias, de las que llevan su galantería al punto de pasarias á la tercera ó cuarta representación, cuando ya son inútiles, y hasta resuélvase por unanimidad, si así conviene á la independencia ó imparcialidad de la prensa, renunciar la entrada en los espectáculos públicos, por mas que esta entrada esté muy lejos de ser un favor que nos hagan las empresas; pero sepamos dar importancia á nuestras criticas, y dejemos de llevar al público á los teatros ponderando disparates intolerables y ejecuciones insufribles; nosotros, lo repetimos, tomamos desde ahora puesto en esta cruzada, si es que se lleva á efecto, ofreciendo decir la verdad y consagrando ya que no el acierto de nuestros esfuerzos, la gran circulación del SEMANARIO, al sosten de una causa en la cual están vivamente interesados, el arte dramático y la literatura nacional.

GEROGLIFICO.



Dirección Redacción y oficinas calle de Jacometrezo núm. 28

MADRID. De una á tres, seis 28. En 480 28.—Librerías de Pereda, Gamiz, Mendive, Madrid, Jarambón, Gaspar y Ruiz, Baxola, Ponzart, Villa y la Publicidad, Imprenta del Pasaje 40 lras y de S. Felipe Neri.
BILBAO. De una á tres, seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correspondencia de parte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo núm. 28, ó en las principales librerías.